

Francisco Romero

Terapia

Premio Alejandro Casona 03

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

**Obra galardonada con el Premio
Alejandro Casona de Teatro 2003,
concedido por la Consejería de
Cultura del Principado de Asturias.**

Toda la obra se desarrolla en la consulta de Ana en la actualidad. La sala tiene un decorado austero, cuenta con dos sillones y un diván junto a una mesa de despacho. Las dos mujeres tienen una edad similar, entre treinta y cinco y cuarenta años.

PERSONAJES:

Marta. Una víctima del terrorismo que ha sufrido la muerte de su marido.

Ana. Psicóloga.

PRIMERA ESCENA

Entran las dos en la consulta.

MARTA. (Parándose en medio de la sala.) Perdóname, pero no sé cómo funciona esto.

ANA. Es lo normal cuando se viene por primera vez. (Indicándole el sillón y el diván.) Puede tomar asiento donde se encuentre más cómoda.

MARTA. (Muy tensa.) Hay muy pocos sitios donde ya me pueda sentir cómoda.

ANA. Lo siento, creo que no ha sido un comentario muy afortunado por mi parte.

MARTA. Me sentaré en el sillón. No me encuentro tranquila cuando le doy la espalda a alguien... Supongo que lo entiende.

ANA. Lo entiendo perfectamente.

Marta se sienta en un sillón y Ana frente a ella.

MARTA. ¿Qué debería hacer ahora?

ANA. Este es un lugar para hablar de aquello que se le venga a la cabeza. Todo puede sernos muy útil.

MARTA. ¿Todo?

ANA. Sí, aunque sería preferible que se ciñera lo más posible a lo relacionado con el atentado.

MARTA. Sí claro, con el atentado. Por eso estamos aquí.

ANA. Así es.

MARTA. Yo hablo y usted toma nota detallada de lo que digo, como si fuera un interrogatorio.

ANA. No exactamente. Yo no apunto todo lo que dice, pero sí tomo algunas notas que me sirven para ordenar la información que me dé, y que puede sernos de utilidad más adelante.

MARTA. ¿Para nosotras?

ANA. Para que la terapia cumpla su fin.

MARTA. (Con desconfianza.) Claro, para la terapia, para lo que me va a curar del dolor y la angustia que siento.

ANA. Sé que debería decirle que mi misión consiste en tratar de darle apoyo para que pueda superar el

terrible trance que acaba de pasar. También debería ayudarla a comprender, pero hay situaciones en la vida que no tienen una explicación racional... (Espera la respuesta de Marta, pero no contesta.) La barbarie de unos locos nos puede dejar sin argumentos para encontrar respuestas. Solo podemos ofrecer nuestra experiencia para continuar un camino que unos desalmados han tratado de quebrar.

MARTA. Que ya han quebrado.

ANA. Cierto, que ya han quebrado. En ese caso no queda más remedio que emprender un nuevo camino, por doloroso que sea.

MARTA. No sé por qué he venido. No creo que todo esto sirva para nada. Es demasiado tarde.

ANA. Pero está aquí.

MARTA. Sí, estoy aquí.

ANA. Supongo que habrá algún motivo que le haya encaminado a tomar la decisión.

MARTA. Puede que lo haya hecho porque me dijeron que no debía aislarme, que debía hablar con al-

guien que me orientara

ANA. Eso intentamos.

MARTA. Pero, sobre todo, he venido porque nada puede ser peor que lo que he vivido y por mis hijos, ante todo por ellos...

ANA. Es un buen motivo.

MARTA. Para mí puede que sea tarde, pero ellos no deben pasarse toda la vida amargados y llenos de rabia... Merecen una oportunidad para tener una vida mejor.

ANA. ¿Cuántos hijos tiene?

MARTA. Dos: Javier y Gema, de diez y ocho años. Ellos son lo único que me queda. (Comienza a llorar.)

Ana le ofrece un pañuelo, pero Marta prefiere sacar uno de su bolso para secarse las lágrimas.

ANA. No puedo ofrecerle una panacea que alivie su dolor y el de sus hijos. La solución no la tenemos los psicólogos ni hay milagros que la puedan curar. El remedio lo tiene cada persona y nuestra misión pasa por ayudarles a encontrarlo.

MARTA. Supongo que es más fácil decirlo que lograrlo.

ANA. Por supuesto, pero si fuera imposible no perderíamos el tiempo intentándolo. Al menos yo no lo haría.

MARTA. Es un alivio.

ANA. Respeto mucho mi tiempo y el de mis pacientes para perderlo inútilmente.

MARTA. ¿Ha tenido contacto con víctimas del terrorismo?

ANA. No directamente, aunque he seguido varios casos muy de cerca y cuento con bastante información sobre el tema.

MARTA. ¿Y sabe si consiguieron superar la tragedia?

ANA. Nada puede hacer olvidar lo vivido. Es algo que queda para toda la vida. Por eso nunca tratamos de que se olvide lo pasado, sino a convivir dignamente con ello.

MARTA. ¿Y qué decían las otras víctimas cuando

se encontraban en este trance?

ANA. Creo que ahora es más importante lo que pueda decir usted. No hay dos casos iguales.

MARTA. No sé si les habrá ocurrido a otros, pero yo me siento culpable de lo ocurrido...

ANA. Siga.

MARTA. Como si en mis manos hubiera estado la posibilidad de que todo fuera diferente, de haberlo salvado. Eso es algo que me produce angustia y que no me deja dormir.

ANA. No es raro, ocurre en bastantes casos.

MARTA. ¿De verdad?

ANA. La mayoría de los familiares piensan que podrían haber hecho algo por evitarlo. Creen que si ese día hubieran cambiado algo su rutina el crimen no habría sucedido, como si se tratara de un maldito azar que los ha elegido a ellos en un macabro juego.

MARTA. Si yo hubiera hecho algo diferente esa mañana, puede que él siguiera vivo.

ANA. Eso nunca lo va a saber. Usted no es la culpable de lo que le ha ocurrido a su marido, y no debe vivir con esa inmensa carga sobre su espalda. Atormentándose no arreglará nada.

MARTA. Me paso todas las noches angustiada. No puedo dormir pensando que si esa mañana yo hubiera salido con él tal vez todo hubiera sido muy distinto.

ANA. Lamentablemente, eso ya no sirve para nada, solo para aumentar un sentimiento de culpa, de asumir parte de la responsabilidad de los asesinos... Aunque puede que sea necesario liberar toda esa carga emocional para enfrentarse al futuro.

MARTA. ¡Qué fácil resulta hablar ahora del futuro...! Ustedes encuentran respuesta para todo. Siempre dicen las palabras justas. Las que alivian o provocan, pero me temo que siempre las dicen tarde, cuando ya ha pasado la tragedia.

Ana no responde.

MARTA. También saben utilizar el silencio para sacar ventaja. Siempre tienen que jugar con ventaja.

ANA. ¿En verdad cree que yo estoy jugando?

MARTA. (Llorando.) No lo sé. Desde el día del atentado todo lo que ocurre me parece un juego aborrecible. Todos entienden el dolor que siento, me dan ánimo y palmadas en la espalda para mostrar su apoyo, pero nada más darse la vuelta comienzan a pensar en cómo sacarle partido a lo sucedido.

ANA. ¿Eso piensa?

MARTA. Pienso que detrás del terror hay un gran negocio y yo solo soy una parte de la mercancía que pierde valor cada hora que pasa. Dentro de un mes, cuando haya nuevas víctimas, seré un número más en la estadística.

ANA. No es extraño que sienta un gran resentimiento contra todo lo que le rodea... Es bueno que no se guarde toda la ira que siente, podría ser contraproducente.

MARTA. Para usted todo es bueno, si callo, si lloro, si grito. ¿Acaso cobra por decir que todo es bueno, por hacer de madre comprensiva con los que sufrimos?

ANA. ¿Eso es lo que cree?

MARTA. ¿Tengo motivos para pensar de otra manera?

ANA. Cuando piense que yo no soy su enemiga, y que no estoy aquí para hacerle más daño, seguiremos adelante. Por hoy considero que será mejor terminar la sesión.

MARTA. ¿Qué le hace pensar que voy a volver?

ANA. Yo creo en mi trabajo.

MARTA. ¿Y cree en los pacientes?

ANA. Forma parte de mi trabajo.

MARTA. ¿Y le preocupan sus sentimientos?

ANA. Sí, pero no acostumbro a servir de colchón de su furia, y tampoco sirvo para llorar de pena en su hombro... La piedad no es mi fuerte ni mi fin. Espero que lo entienda.

MARTA. Sí, creo que ya lo voy entendiendo.

ANA. Si está dispuesta a continuar adelante, me encontrará aquí. Haré todo lo que pueda por ayudarla. Y si no confía en mí, lo mejor será no prolongar la

terapia. Puede que en otro sitio encuentre la ayuda que yo no he sabido ofrecerle.

MARTA. Es usted muy suspicaz.

ANA. No es suspicacia, pero me gusta ser práctica.

MARTA. Es posible que nos podamos entender.

ANA. Me alegraré si eso ocurre.

Marta sale, la luz se vuelve más tenue y comienza la música. Ana toma nuevas notas y deja el cuaderno sobre su mesa. Camina por el escenario.

ANA. Siempre igual tras el primer encuentro. El deseo del paciente de encontrar una explicación urgente para sanar su mal porque no pueden perder el tiempo manteniendo largas sesiones con un psicólogo... Qué difícil es explicar aquello de lo que se duda. Una mujer llega buscando una respuesta para la muerte de su marido, un muchacho quiere encontrar el remedio para aquello que le angustia y le paraliza en sus relaciones afectivas. Unos padres que desean descubrir donde se han equivocado a la hora de educar a

sus hijos. Es necesario tener siempre la respuesta en la boca para que te consideren un buen psicólogo... Hay muchos libros que ayudan a conocer todo lo que se ha hecho previamente, congresos profesionales que marcan nuevas tendencias, estudios científicos que demuestran errores y aciertos, pero al final sólo queda el encuentro de dos soledades: la soledad del que habla y la del que escucha, y que no siempre son diferentes.

Ana se marcha.

SEGUNDA ESCENA

Entra Marta y pasea impaciente por la sala. Entra Ana.

ANA. Disculpe mi retraso. Ha surgido un imprevisto y he tenido que hacer una llamada urgente.

MARTA. ¿De trabajo?

ANA. No, se trataba de mi hijo. Está en cama con fiebre y quería saber cómo se encuentra.

MARTA. (Sorprendida.) ¿Está trabajando mientras su hijo se encuentra enfermo?

ANA. No es grave. Creo que es una gripe. Yo no puedo permitirme el lujo de elegir los días que trabajo.

MARTA. ¿Su marido no puede mantenerla?

ANA. (Incómoda.) Mi marido nunca me mantuvo, y ya hace tiempo que no vivimos juntos.

MARTA. ¿La dejó?

ANA. Nos divorciamos... Pero supongo que no habrá venido para conocer detalles sobre mi vida.

MARTA. No, pero ayuda cuando se sabe con quién se habla. Y puede que sea un alivio saber que trato con una mujer que también está sola.

ANA. Yo no me creo una solitaria, pero si lo prefiere puede considerarlo como quiera.

MARTA. Las mujeres siempre estamos solas, sobre todo cuando llegamos a cierta edad en que los hombres prefieren mirar en otra dirección.

ANA. (Tratando de cambiar de tema.) El otro día iba a contar lo que pasó la mañana...

MARTA. Sí, iba a hablar de ello, pero recuerdo que usted terminó bruscamente la sesión.

ANA. Lo creí conveniente. Ahora ya no creo que haya ningún motivo para no hablar de aquella mañana.

MARTA. Cierto, ya no hay motivos, pero cuesta mucho ordenar todo lo sucedido.

ANA. No es necesario que le dé un orden a los acontecimientos, cuéntelo como lo sienta.

MARTA. Parece como si mi vida se hubiera que-

dado parada en ese instante, como si todo lo demás no hubiera sucedido... Han pasado tres semanas, pero cuando me levanto cada mañana me parece que todavía me encuentro en ese terrible martes...

Ana comienza a apuntar en su cuaderno mientras escucha a Marta.

MARTA. Recuerdo que la noche anterior me costó mucho conciliar el sueño. Me había pasado todo el día con jaqueca y no había forma de quitarme el insoportable dolor. Los niños no estaban en casa, se habían quedado con los abuelos. Menos mal que se habían ido y no tuvieron que vivir de cerca todo el terror.

ANA. ¿Solía dejar muy a menudo a sus hijos con los abuelos?

MARTA. Algunas veces, cuando teníamos que asistir a alguna cena que exigía de la compañía de la esposa. En alguna ocasión venía una chica a cuidarlos, pero siempre han estado mejor con mis padres... Aquel día se habían quedado después del colegio, luego los llamé para decirles que estaba con la jaqueca y que prefería pasar la noche tranquila.

ANA. ¿Son muy frecuentes sus jaquecas?

MARTA. Durante los últimos ocho años sí que lo han sido.

ANA. ¿Ha vuelto a tenerla en las últimas semanas?

MARTA. ¿Se refiere a que si después del asesinato...?

ANA. Sí.

MARTA. (Molesta.) ¿Por qué me lo pregunta?

ANA. Mi obligación es preguntarlo todo, ser un tanto quisquillosa, lo que no supone que me convierta en fiscal.

MARTA. No recuerdo, creo que no he vuelto a tener jaqueca. ¿Cómo lo interpreta?

ANA. No saco las conclusiones tan rápido, pero no es extraño que ocurra después de una convulsión tan grande.

MARTA. Ya me he perdido, no sé por dónde íbamos.

ANA. Por la noche anterior.

MARTA. Sí, la noche anterior... Mi marido llegó tarde, dijo que se había retrasado porque se había prolongado una reunión de trabajo. Era su excusa más habitual.

ANA. ¿Solía ausentarse muy a menudo?

MARTA. No es el momento de hablar de eso.

ANA. Comprendo. Siga con lo que desee.

MARTA. Debí dormirme muy avanzada la noche, tras tomar un par de pastillas. Mi marido roncaba como siempre. Él no tenía problemas para conciliar el sueño.

ANA. ¿Nunca?

MARTA. Nunca, ni siquiera cuando llegaron las amenazas. Decía que jamás podrían matar a todos los que amenazaban. Su seguridad siempre era aplastante o, al menos, era lo que intentaba aparentar.

ANA. ¿Qué pasó cuando despertó?

MARTA. Noté que él no estaba en la cama y me

levanté apresurada... Al llegar al salón, oí que la puerta de la calle se cerraba. Inmediatamente me dirigí al balcón desde el que le podía ver cuando saliera a la calle.

ANA. ¿Por qué tuvo la necesidad de verle? ¿Todos los días tenía necesidad de ver a su esposo antes de que se marchara?

MARTA. No entiendo por qué me pregunta eso en ese tono ¿Me está interrogando?

ANA. Ya le he dicho que no es mi intención. Yo nunca pretendo juzgar, solo intento comprender el comportamiento humano. Puede que en ocasiones le parezca algo brusca, pero es necesario tirar de cualquier hebra para provocar la catarsis.

MARTA. ¿Es que no comprende todo lo que estoy pasando? ¿No le parece que ya he soportado bastante dolor?

ANA. El otro día le dije que no era la más indicada para sentir pena, consolarla y pedirle resignación, para eso hay otras personas e instancias más indicadas... La terapia funciona de otra manera muy distinta, y a

veces es necesario hurgar en la herida, por eso es algo totalmente privada, solas usted y yo.

MARTA. ¿Seguro?

ANA. Lo que hablemos durante las sesiones nunca saldrá de este despacho. Ni siquiera un juez podría hacerme declarar.

MARTA. ¿Son las reglas del juego?

ANA. Es la segunda vez que habla de juego.

MARTA. ¿De verdad?

ANA. Sí, tal vez podríamos llamarlo así, aunque no considero que sea un juego donde haya vencedores y vencidos... Se trata de algo parecido al secreto de confesión de los curas, con la diferencia de que nosotros no ponemos penitencias ni absolvemos de los pecados. Solamente nos preocupa lo que ocurra en vida para tratar de encontrar una solución.

MARTA. (Después de guardar un breve silencio.) Está bien, ha quedado claro. Ya me encuentro mejor, puede seguir.

ANA. Me ha sorprendido que tuviera la necesidad

de ver a su marido antes de marcharse. No es habitual cuando se llevan tantos años de matrimonio, salvo que esa necesidad fuera una costumbre diaria.

MARTA. No, no lo era, pero al despertar esa mañana había tenido un presagio.

ANA. ¿Cuál?

MARTA. Fue al abrir los ojos y encontrar la habitación vacía. En ese momento pensé que no lo volvería a ver más.

ANA. ¿Temía por su vida?

MARTA. No exactamente, más bien sentí que se había marchado y no regresaría. Por eso quería verlo antes de salir, para saber si no era cierto y mi marido seguía allí.

ANA. ¿Qué vio?

MARTA. Le vi salir del portal, colocarse la bufanda y andar unos metros en dirección a la esquina para coger un taxi.

ANA. ¿Siempre cogía un taxi?

MARTA. Desde que recibió las amenazas tomó ciertas precauciones básicas, y no quería llevar unas costumbres fijas. Unos días iba en taxi, otros quedaba con algún compañero y algunas veces cogía el coche. Ni siquiera yo sabía cómo iba a ser su rutina... Pero ese día no subió a ningún taxi. Aquel maldito hombre de la gabardina se lo impidió.

ANA. ¿Vio al asesino?

MARTA. De espaldas, cuando estaba tras él. No sé de dónde salió, pero en un instante se colocó detrás de mi marido y sacó la mano de la gabardina... (Se tapa la cara.) Después oí el disparo y le vi desplomarse en medio de un charco de sangre... Nunca más se volvería a mover... ¿Por qué? (Se levanta, saca un pañuelo del bolso y se seca los ojos. Se levanta y camina por la habitación.) ¿Por qué ha tenido que ocurrirnos a nosotros? ¿Por qué este castigo?

ANA. ¿Qué hizo después?

MARTA. No lo sé, creo que me quedé paralizada. Era incapaz de reaccionar.

ANA. ¿No salió en su ayuda?

MARTA. Sabía que no había ayuda posible, ni siquiera pude descolgar el teléfono. Era una estatua que miraba y no sentía.

ANA. ¿Cuándo reaccionó?

MARTA. Cuando llamaron a la puerta. Primero fue el timbre y luego la golpearon con los puños mientras gritaban mi nombre. Era mi vecina Teresa, y venía llorando a contarme lo que había visto en la calle... Después ya no sé lo que pasó. Los acontecimientos se fueron sucediendo a una velocidad vertiginosa. Yo era una ausente mientras a mi alrededor todo era caótico.

ANA. ¿Tardó mucho en ver a sus hijos?

MARTA. Más de un día. Mis padres se los llevaron fuera de la ciudad. Querían tenerlos apartados de todo el jaleo y no era conveniente que me vieran en ese estado. Tampoco quería que vieran el aspecto en el que quedó el cadáver de su padre.

ANA. Es lógico.

MARTA. Después llegaron los homenajes. Infinidad de abrazos y palabras de consuelo. Hasta lo polí-

ticos guardaban turno para compartir mi dolor, sobre todo si había cámaras delante. ¿Sabe lo que pensé en el velatorio?

ANA. No.

MARTA. Puede que no deba decirlo, se puede malinterpretar.

ANA. Suelo sacar mis propias interpretaciones tanto de lo que se dice como de lo que se calla cuando estoy trabajando, pero son mías y jamás las hago públicas.

MARTA. Perdone, pero en los últimos días he visto merodear a cientos de periodistas, todos a la caza de una gran noticia, de unas declaraciones en exclusiva. Todos deseando ser los mensajeros de la única verdad, y pienso que lo que diga va a contar con infinidad de versiones, según quien lo trasmita.

ANA. Desgraciadamente puede suceder. Hasta los asesinatos más crueles se pueden utilizar para ganar audiencia.

MARTA. Durante el velatorio me sentía una extraña, como si aquello no fuera conmigo. Pensaba que esa muerte no pertenecía a mi familia, mi marido era

un muerto del estado. En esos momentos, yo solo era una de los muchos millones de víctimas. No había muerto mi marido, había muerto un héroe de la libertad.

ANA. Supongo que en cierto modo es así. Usted ha perdido a su esposo y sus hijos a su padre, pero la sociedad tiene un nuevo símbolo que unir a la larga lista de víctimas para lograr la paz.

MARTA. ¡Qué curioso! Le juro que en los muchos años que lo he conocido nunca me lo imaginé como un héroe, ni creo que él aspirara a tantos honores.

ANA. ¿Cómo era su marido?

MARTA. En los últimos días han aparecido muchos calificativos en la prensa para definirlo: honesto, profesional intachable, excelente compañero, padre comprensivo, integro y lleno de humanidad. Seguro que hay muchos más que he olvidado.

ANA. Y usted, ¿cómo lo definiría?

MARTA. ¿Acaso importa? La sociedad lo ha juzgado. Todos los muertos se convierten en grandes personas cuando lo hacen por el bien de un pueblo. A

partir de entonces, nadie les puede cuestionar si no se quiere caer en desgracia.

ANA. Me interesa conocer su opinión, no la del pueblo.

MARTA. A usted le interesa mi opinión. ¿Por qué? Porque le pagan muy bien por cada hora que pase conmigo. Ese es su trabajo, cobrar por escuchar, pero una vez que ha cobrado, se libra de los problemas ajenos y sigue haciendo su vida normal...

Ana sigue apuntando sin contestar.

MARTA. A usted no se le ha muerto un héroe, ni tiene a dos hijos a quienes explicar quién fue su padre y por qué murió. Usted me escucha y responde con buenas palabras, tal vez sean muy útiles, pero soy yo la que tiene que dar la cara, la que ha sufrido la tragedia, y no solo la de hace tres semanas.

ANA. ¿A qué otra se refiere?

MARTA. Ya no importa.

ANA. Una de las reglas de este juego, como lo ha llamado, es que el principio y el final lo marca usted.

Nada la obliga a estar aquí. Es cierto que cobro por mi trabajo, pero no lo es menos que me interesan las personas con quien lo hago. Yo no puedo devolverle a su marido ni evitar su asesinato. Ni siquiera pretendo cambiar el recuerdo que usted tenga de él, que puede o no coincidir con lo que se ha dicho públicamente... Yo no funciono con los hechos o con las noticias publicadas. Para mí su marido existe en función de lo que me cuente. Me da igual que fuera una bellísima persona o un cerdo, no pretendo engrandecer su memoria. Incluso puede que haya que hacer lo contrario para que usted se sienta más libre de cargas... Únicamente me importa lo que me cuente y lo que vea. Y por lo que he escuchado, y observado, pienso que no le tenía excesivo afecto...

Espera la respuesta de Marta, pero sigue callada.

ANA. En caso de ser así, tampoco tiene que culparse de ello. Después de once años de matrimonio lo más común es que esto ocurra, y empeñarse en manifestar lo contrario puede que le haga más daño a usted y a sus hijos.

MARTA. No quiero seguir por hoy.

ANA. Está bien. Seguiremos cuando esté preparada.

MARTA. No es fácil encontrar cuando se tiene miedo de buscar.

ANA. Habrá que vencer ese miedo.

Marta sale.

ANA. Cuando le dije a mis padres que quería estudiar psicología, ellos me miraron con cara de asombro y me preguntaron si estaba loca. Entonces no supe responder, no quería decirles que era la pregunta que yo llevaba tiempo haciéndome y que ellos no me podían contestar. Pensaba que si estudiaba la carrera encontraría el remedio a mis dudas al tiempo que me dotaría de herramientas para enfrentarme al futuro laboral. Era demasiado ingenua en aquellos días, una carrera universitaria no sirve para tanto, se estudia cuando se es demasiado joven para comprender cómo funciona la vida. Para ser terapeuta no basta con obtener una licenciatura. Esta supone el punto de partida de un largo camino que carece de final, en el que la

mitad del tiempo se dedica a escuchar, casi la otra mitad a pensar y dudar, y una mínima parte a responder, y sin tener la certeza de que lo dicho sirva para algo.

Ana se marcha. Comienza la música y el escenario queda en penumbra.

TERCERA ESCENA

Entra Ana se sienta y comienza a escribir en su cuaderno. Un momento después entra Marta.

MARTA. Lo lamento, hoy he sido yo la que me he retrasado. Había un gran atasco cerca de aquí.

ANA. No importa.

MARTA. Por cierto, en el autobús iba pensando en usted.

ANA. ¿Qué pensaba?

MARTA. Que usted no debía ser muy buena psicóloga, y no es que pretenda desprestigiarla.

ANA. ¿En qué se basa para sacar esa conclusión?

MARTA. En que si fuera de las buenas no estaría comiéndose estos marrones.

ANA. ¿Qué marrones?

MARTA. Ya sé que esta labor la consideran muy importante, pero no nos engañemos. Los buenos psicólogos tienen una consulta de lujo en una zona importante de la ciudad, y su clientela está formada por

famosos y gente de dinero que se fían de todo lo que les dicen...

ANA. ¿Eso cree?

MARTA. Los triunfadores no necesitan estar en contacto con la mierda cuando se pueden aprovechar del lujo.

ANA. Si ese es el baremo para medir la profesionalidad de cada uno, está en lo cierto, yo no soy una psicóloga de las buenas. Mis prioridades van en otro sentido.

MARTA. No he pretendido ofenderla, pero me imagino que su caso será parecido al turno de oficio de los abogados. El estado no puede pagar a los más caros.

ANA. Puede que haya cierta relación, aunque yo conozco abogados de oficio que no tienen nada que envidiar en su trabajo a los que gozan de todo el prestigio.

MARTA. Por su forma de responder parece molesta.

ANA. Esto también forma parte de la terapia.

MARTA. ¿El que los pacientes cuestionen su capacidad?

ANA. Sí... Nosotros no somos como los cirujanos, que en muy pocos días se ve el resultado de su trabajo y se puede evaluar su labor. En nuestro caso, se precisa de bastante tiempo para saber si la terapia ha producido resultados, y el objetivo principal pasa porque no se note que una persona ha recibido ayuda. Nadie alardea de haber pasado mucho tiempo en tratamiento psicológico, salvo Woody Allen que ha sabido hacer un gran negocio con ello... De todas formas, si no está de acuerdo con mi forma de llevar el caso, tal vez pueda conseguir que la citen con uno de los psicólogos de alto nivel en su lujosa consulta.

MARTA. Si yo no tengo nada contra usted. En los últimos días estoy más animada y creo que lo está haciendo bien. Solo se trataba de una duda que tenía.

ANA. Pues ya que está resuelta, podremos seguir trabajando.

MARTA. De acuerdo.

ANA. El otro día hubo un tema que se quedó colgado y creo que sería conveniente situarlo en el lugar que corresponde.

MARTA. ¿A qué se refiere?

ANA. A su marido. Sé muy bien que los recientes acontecimientos pueden condicionarla mucho, pero ha convivido con él durante muchos años y lo que ha pasado no puede borrar todo lo anterior, aunque lo camufle durante algún tiempo. Si quiere que lo vivido junto a él no se quede para siempre enquistado en su propia vida y la de sus hijos, ha de hacerle frente cuanto antes.

MARTA. Supongo que tiene razón.

ANA. ¿Cómo era?

MARTA. (Inquieta.) Que cómo era mi marido... Cuántas veces he tratado de encontrar una respuesta...

ANA. Seguro que la tiene.

MARTA. Que me perdone por lo que voy a decir. Supongo que tenía que haberlo dicho mucho antes de que esto ocurriera porque lo había pensado infinidad

de ocasiones, pero ahora resulta mucho más doloroso... Daniel era un cabrón. Mi marido era un grandísimo hijo de puta, y que conste que lo digo sin la rabia con que lo sentí durante años, cuando no me atrevía a decirlo.

ANA. Bien, ya lo ha dicho, puede que ahora sea más fácil.

MARTA. Tal vez lo sea para usted. Yo no sé por dónde empezar.

ANA. Está aquí para tratar de superar el trauma causado por el asesinato de su esposo. Si se tratara de una terapia normal le pediría que se remontara a su infancia y a la relación con sus padres, pero en este caso bastará con que nos limitemos al periodo en el que convivieron juntos. Primero hay que tapar la herida, luego, si lo desea, se podrá profundizar más.

MARTA. De acuerdo.

ANA. ¿Cómo lo conoció y por qué empezó a salir con él?

MARTA. Recuerdo que entonces tenía veinticuatro años y trataba de buscar un empleo fijo. Nada de

trabajar una semana en una boutique y otra en una agencia de viajes. Había estudiado para administrativo y estaba preparándome unas oposiciones... Tampoco lo hacía con demasiado entusiasmo. Entonces no tenía mucha confianza en mi capacidad.

ANA. ¿Había salido con otros hombres?

MARTA. Sí, pero fueron relaciones muy breves. A algunos los dejé yo y un par de ellos tuvieron miedo de comprometerse. Con Daniel parecía que todo iba a ser muy distinto.

ANA. ¿Cómo lo conoció?

MARTA. Fue en una fiesta de cumpleaños que dio una amiga. Recuerdo que me lo presentaron como un emprendedor empresario al que se le auguraba un gran futuro tanto en los negocios como en la política.

ANA. ¿Qué pensó de él en aquel momento?

MARTA. Que era un pedante que se creía el centro del mundo, como la mayoría de los políticos. No era el tipo de hombre por el que una mujer se siente impresionada al primer momento. Pero tampoco era de los peores que había conocido. No sé si me entiende.

ANA. Creo que la comprendo.

MARTA. Con veinticuatro años ya no se es una niña, y cuando no se tienen muchas opciones de elegir, y se quiere vivir bien, una tiene que jugar muy bien sus bazas. No hay un príncipe azul en cada esquina, y los milagros ya se han dejado para las películas.

ANA. Vamos, que se trató de un amor instantáneo.

MARTA. Supongo que se le podría llamar así. Él estaba soltero y por entonces tenía mucho más interés en su carrera que en las mujeres. Recuerdo que una amiga me dijo que Daniel corría el riesgo de caer en las garras de la primera desalmada que quisiera capturar en sus redes al futuro triunfador.

ANA. Y decidió liberarlo de ese peligro.

MARTA. No exactamente. Entonces no podía pensar con la frialdad que ahora me expreso. Era más ingenua y creía en el amor. La seguridad que ahora aparento entonces era miedo. Ya sabe, cuando una se siente mal se cree la más fea y la más tonta de todo el grupo, y en aquella época era muy fácil que yo me sintiera mal.

ANA. ¿Cuándo empezó a salir con él?

MARTA. La mañana siguiente de la fiesta me presenté en la empresa donde trabajaba para dejar mi currículum.

ANA. Se dio mucha prisa.

MARTA. Él me había dicho que pensaban ampliar la plantilla y que podía entregarlo en el departamento de personal. Lo entregué y me quedé cierto tiempo por los alrededores esperando la posibilidad de coincidir con él. Pensaba que eso me podría ayudar a la hora de que me tuvieran en cuenta para el trabajo.

ANA. ¿Lo vio?

MARTA. Después de un rato lo vi salir. Me hice la distraída, no podía ser yo la que me acercara porque hubiera sido muy descarado, y quería saber si él tenía algún interés en mí.

ANA. No parece que fuera tan ingenua.

MARTA. Es posible que no lo fuera, pero yo estaba hecha un flan. Me temblaba todo el cuerpo cuando lo vi acercarse.

ANA. ¿Qué pasó?

MARTA. Yo creo que al estar en su terreno se vio en la obligación de ser cortés y me invitó a tomar un café... Estuvimos hablando de cosas triviales y de cómo era el ambiente de trabajo en la empresa, por si me elegían para el puesto. Cuando ya me iba a marchar, me preguntó si tenía una noche libre para invitarme a cenar.

ANA. ¿Qué le respondió?

MARTA. ¿Usted qué hubiera hecho?

ANA. Supongo que aceptar porque era eso lo que pretendía.

MARTA. Eso hice, pero tuvo que llamarme un par de veces antes de formalizar una cita.

ANA. ¿Llegó a trabajar en la empresa?

MARTA. No, nunca lo hice. En realidad no tenía excesivo interés en trabajar.

ANA. ¿No?

MARTA. Hay mujeres que ambicionan tener una

carrera profesional y otras preferimos dedicarnos a la familia, tener hijos y ayudarlos a crecer, a cambio de contar con un marido que nos mantenga y nos trate bien. Me parece que una postura es tan honesta como la otra, aunque muchos no la compartan.

ANA. Basta con que lo haga el marido. ¿Pasó mucho tiempo hasta que se casaron?

MARTA. Algo menos de un año. Daniel llevaba muy buena progresión en su trabajo y era algo reacio a casarse pronto. Yo sabía que un noviazgo largo me perjudicaba.

ANA. ¿Por qué?

MARTA. Por el propio deseo que tienen los hombres por variar, y porque cuanto más subiera él más goloso sería para las que desean capturar a los triunfadores.

ANA. Plantea usted las relaciones sentimentales como si se tratara de una cacería o negocio.

MARTA. No negará que algo de ello tienen. Podría contárselo en términos mucho más románticos, adornarlo con detalles hermosos para que pareciera

una relación maravillosa. Puede que entonces lo pensara así, pero han pasado los años y ni usted ni yo estamos aquí para perder el tiempo con cuentos de hadas. El romanticismo en la mayoría de los matrimonios es demasiado fugaz... (Volviéndose hacia Ana.) Supongo que eso lo debe saber usted mejor que nadie porque lo ha vivido de cerca.

ANA. No me ha contado cuándo decidieron casarse.

MARTA. Digamos que se unieron una serie de circunstancias que aceleraron los preparativos.

ANA. ¿Qué circunstancias?

MARTA. La principal fue que yo me quedé embarazada.

ANA. ¿Lo provocó usted?

MARTA. (Molesta.) Le recuerdo que cuando una mujer se queda embarazada es porque dos follan sin tomar precauciones, y la responsabilidad es de ambos. A él nunca le gustaron los preservativos porque decía que se sentía inhibido a la hora de ponérselo, y a mí no me hizo efecto la pastilla aquella vez.

ANA. ¿Llegaron a plantearse el aborto?

MARTA. Yo no quise abortar, tengo mis creencias religiosas y quería tener a mi hijo.

ANA. ¿Y él?

MARTA. Me lo llegó a plantear, pero no cedí.

ANA. No temió que la pudiera dejar plantada.

MARTA. Ese riesgo siempre existe, pero hubiera sido muy perjudicial para su carrera política si se hubiera sabido que había dejado plantada a una mujer tras dejarla embarazada...

ANA. ¿Estaba dispuesta...?

MARTA. Puede que yo no fuera una santa, pero quería casarme con ese hombre y formar una familia. Millones de mujeres lo han hecho antes que yo y nadie las ha condenado.

ANA. ¿Qué pasó después?

MARTA. Pasados dos meses celebramos la boda por la iglesia, sin excesiva parafernalia, solo los justos.

ANA. ¿Los problemas comenzaron nada más casarse?

MARTA. No, al principio todo fue muy bien. Él parecía un marido ejemplar y hasta me ayudaba en las labores de la casa cuando tenía tiempo libre. Cuando nació Miguel, se mostró como un padre muy cariñoso y hasta se lo llevó en varias ocasiones al parque... Parecía que formábamos un matrimonio feliz y todos nuestros amigos nos envidiaban.

ANA. ¿Cuándo se rompió el idilio?

MARTA. Llevábamos poco más de dos años casados y yo estaba embarazada de Gema. Por entonces comenzó a retrasarse más de lo habitual y parecía mucho más irascible... Le molestaba casi todo lo que yo hacía y hasta se apartaba de su propio hijo. Decía que su tiempo era muy valioso y no estaba para tontearías.

ANA. ¿Cree que tuvo algo que ver su segundo embarazo?

MARTA. Me parece que no, aunque puede que también ayudara para que él se sintiera más presiona-

do... (Cambia el tono.) Todo empezó con la llegada de su nueva secretaria. Sus prioridades fueron cambiando, lo que ocurría en casa cada vez era menos importante mientras se desvivía por su trabajo, o más concretamente por esa golfa que le exigía mucho menos y era más joven y hermosa.

ANA. ¿Usted era consciente de que él le engañaba?

MARTA. No es muy difícil darse cuenta si una quiere hacerlo. La actitud de los hombres cambia mucho, aunque pongan todo su empeño en que no lo parezca.

ANA. Se lo dijo a él.

MARTA. Tardé algún tiempo. Temía a su reacción. Yo no quería dejarle, no sabía cómo encauzar mi vida con dos hijos y sin trabajo. Quise darle algún tiempo para ver si rectificaba, pero la situación cada vez era peor y yo me estaba desquiciando... Solo con ver la cara que ponía la muy puta cada vez que la veía, sentía que algo se rompía en mis entrañas... Un día no pude más y se lo dije.

ANA. ¿Qué hizo él?

MARTA. Se puso muy violento y lo negó todo. Dijo que eran delirios míos, y que yo era la que estaba provocando que la convivencia en esa casa fuera muy difícil. Fue tal su agresividad que me sentí culpable y hasta llegué a pensar que todo fuera a causa de mis propios complejos. Yo me sentía muy débil mientras él se agigantaba.

ANA. ¿Se aprovechaba él de esa debilidad?

MARTA. Por supuesto, en casa me trataba como una tonta y fuera aparentaba ser muy educado, pero aprovechaba cualquier oportunidad para dejarme en ridículo. Hay muchas maneras de hacerlo de una manera sutil. Bastaba con un ácido comentario en el momento menos oportuno para machacarte.

ANA. Creo que lo entiendo.

MARTA. Por entonces comenzaron las jaquecas y los ataques de nervios. Comencé a tomar tranquilizantes y pastillas para dormir.

ANA. ¿Qué pasó después?

MARTA. Tratábamos de aparentar que nada había ocurrido. Yo no me atrevía a decirle nada, me refugia-

ba en mis hijos, pero el sentimiento de angustia y miedo seguía creciendo, y cada día me sentía más humillada. Él se sabía ganador y me iba acorralando poco a poco.

ANA. ¿Qué pasó con la secretaria?

MARTA. No duró mucho tiempo, pero luego llegaron otras: compañeras de trabajo, colaboradoras en el partido. Él ya era poderoso y se aprovechaba de ello. Yo quería creer que eran figuraciones mías, pero él no hacía nada por ocultarlo. Creo que muchas veces disfrutaba con mi sufrimiento, aunque siempre aparentaba en público ser un marido y padre ejemplar. Los votos siempre son lo primero para un político.

ANA. No entiendo que pudiera aguantar esa presión durante tanto tiempo sin tomar medidas.

MARTA. Usted es mujer, y debe saber lo que se siente cuando una cree que ya no vale para nada, que ha perdido todo lo que tenía, que es una chacha en su propia casa mientras el marido se tira a todo bicho viviente y sigue su brillante carrera como triunfador.

ANA. ¿No contaba con ningún apoyo?

MARTA. No podía hacerlo público. Entonces me hubiera gustado acudir a usted o a cualquier otro psicólogo, fuera de los caros o no, pero la mujer de un político no podía estar loca. Él nunca lo hubiera permitido porque de haberse sabido, su carrera se podría ver truncada. Los dos estábamos pillados de pies y manos. Condenados a seguir juntos, a odiarnos juntos hasta que la muerte nos separara.

ANA. ¿Cómo lo vivían sus hijos?

MARTA. Mal, muy mal. Tenían muchos regalos pero carecían de un padre, y contaban con una madre enferma que cada día se sentía más impotente para luchar por ellos. Los días pueden ser eternos cuando se sabe que nada va a cambiar, que el destino depende de un golpe de fortuna que nunca va a llegar.

ANA. O de una desgracia.

MARTA. ¿Qué ha dicho?

ANA. Que no solo los golpes de fortuna pueden cambiar nuestra vida, a veces también influyen las desgracias.

MARTA. ¿Supongo que no estará insinuando...?

ANA. ¿Qué está pensando?

MARTA. En que puede creer que lo que ha ocurrido ha sido un golpe de fortuna para mí.

ANA. Las palabras las ha puesto usted.

MARTA. Por muy cerdo que fuera no merecía esto.

ANA. Nadie lo merece.

MARTA. Aunque no niego que alguna vez pensé en vengarme de él.

ANA. ¿Cómo?

MARTA. Del mismo modo que él lo hacía.

ANA. ¿Siéndole infiel?

MARTA. Sí.

ANA. ¿Lo hizo?

MARTA. Si no le importa, quiero que lo dejemos por hoy. No pretendo evadir sus preguntas, pero estoy muy cansada.

ANA. Ya le dije que usted imponía las reglas en nuestra relación. Seguiremos el próximo día.

Marta se levanta y sale.

ANA. ¿Cómo es el matrimonio de una psicóloga con un hombre que no tiene nada que ver con la profesión? Pienso que es un matrimonio a la defensiva porque es muy complejo separar el trabajo profesional de la vida privada. Muchas veces pensaba que lo habíamos logrado y que todo iba fenomenal, pero cualquier mínimo contratiempo se convertía en un gran obstáculo y el diálogo era difícil. Él sentía que yo estaba analizando su comportamiento como si fuera mi paciente, y eso es violento porque se pierde la relación de igual a igual que es imprescindible en toda pareja. En otros momentos asumía el rol contrario y se convertía en mi propio psicólogo, hurgando en mis puntos más débiles, y no hay profesional que carezca de ellos, sobre todo cuando también se es madre... No debe ser fácil confiar en una psicóloga a la que le cuesta conducir su propia vida. (Sale.)

CUARTA ESCENA

Entra Marta y curioseosa por la habitación

MARTA. (Al entrar Ana.) Hoy me he adelantado un poco. Nunca se sabe cómo estará el tráfico.

ANA. Es un problema cuando se deben cumplir unos horarios.

MARTA. Cuando me fui el último día iba pensando en usted.

ANA. ¿De verdad?

MARTA. Me sorprendía que alguien que conoce bien a la gente pueda fracasar en su matrimonio.

ANA. No siempre se puede conocer a todo el mundo. Una cosa es observar desde cierta distancia y otra muy diferente es convivir con alguien a diario.

MARTA. Nadie está libre de cometer errores.

ANA. No siempre se trata de errores, pero las personas evolucionamos y lo que en unas circunstancias puede ser válido en otras diferentes pierde su valor.

MARTA. Creo que la comprendo. El amor es un

sentimiento muy traicionero.

ANA. Cuando menos, complejo.

MARTA. Hoy no le he contado esto porque pretenda evadirme de la terapia. Tengo muy presente dónde terminamos el otro día, y tenía mis razones para cortar en ese momento.

ANA. Si me las dice se lo agradeceré.

MARTA. Nos íbamos a adentrar en un terreno muy complicado que exige de una larga explicación y no quería que nos quedáramos a medias por falta de tiempo.

ANA. Hoy tenemos todo el tiempo que sea necesario.

MARTA. Hablábamos de la infidelidad.

ANA. Le iba a preguntar si nunca se acostó con otro hombre para vengarse de su marido.

MARTA. Es cierto que algunas veces lo pensé, pero me sentía acomplejada y no creía que fuera atractiva para otros hombres.

ANA. ¿Era eso lo que iba a decir el otro día?

MARTA. No me ha dejado terminar. Me ha preguntado si le había sido infiel por venganza y le he dado las razones. Ahora he de añadir que sí es cierto que una vez le fui infiel, pero no lo hice para vengarme, sino por deseo.

ANA. ¿Cuándo fue?

MARTA. Hace dos años. Todo empezó en una cena de las muchas a las que estábamos obligados a asistir juntos para que la gente no se hiciera preguntas extrañas.

ANA. ¿Qué pasó?

MARTA. Ese día habíamos reñido, no recuerdo por qué, entonces no necesitábamos motivos especiales para hacerlo. Durante la cena apenas si hablamos. Al llegar a los postres le dije que me dolía la cabeza y que me marchaba a casa. Él me pidió que esperara un rato y me acompañaría. Yo le dije que no quería estropearle una cena tan importante y que cogería un taxi... La cena era en un hotel de lujo y me dirigí a la entrada para que el portero me pidiera un taxi, pero estaba muy nerviosa y antes encendí un cigarrillo mientras observaba el movimiento de gente en la cafetería del

hotel. Me sentía extraña estando sola en un lugar como ese.

ANA. ¿Por qué?

MARTA. Hacía muchos años que no salía sola por la noche.

ANA. Siga.

MARTA. Un hombre me estaba observando, me miraba fijamente y yo me quedé inmóvil, no sabía cómo reaccionar... El hombre se levantó y comenzó a caminar hacia mí.

ANA. ¿Qué hizo?

MARTA. Nada, era incapaz de hacer nada. Solo miré un instante hacia la puerta del restaurante para comprobar que mi marido no podía verme.

ANA. ¿Qué pasó después?

MARTA. El hombre quería invitarme a tomar una copa. Era el hombre más atractivo que había visto en mucho tiempo. Yo quería decirle que no, pero solo fui capaz de decirle que en otro lugar... El resto de la noche fue un viaje a los abismos. Recuerdo que todo

fue frenético, el sentimiento de culpa se mezcló con un deseo irrefrenable. Pasamos por un bar de copas, donde todo estaba oscuro y la música muy fuerte. Luego fuimos a un hotel... Puede que todo pasara en menos de tres horas, pero fue tan intenso como media vida.

ANA. ¿Volvió a ver a ese hombre?

MARTA. Nunca lo he vuelto a ver, y no por falta de ganas.

ANA. ¿Llegó a enterarse su marido?

MARTA. Hasta ahora le he contado la parte hermosa de esa historia, la que supone un grato recuerdo. Ahora queda la más sucia y repugnante, la que provocó que el otro día necesitara tiempo antes de continuar.

ANA. Explíquese, no entiendo a qué se refiere.

MARTA. Me refiero a que todo estaba organizado y se trataba de una asquerosa trampa. Ese hombre no se había sentido interesado por mí, estaba realizando el trabajo que le habían encargado. Tenía una misión que cumplir y fue muy eficaz en su labor. Me engañó

completamente.

ANA. ¿Está diciendo que era un chantaje?

MARTA. Exacto.

ANA. ¿De quién?

MARTA. De mi propio marido... Y no crea que el muy hijo de puta me lo dijo al día siguiente para darme un escarmiento. Dejó que ese hermoso recuerdo se agrandara en mi memoria a la espera de que algún día llegara un nuevo encuentro... Daniel esperó cuatro meses, tuvo paciencia hasta que yo estallé en una nueva crisis y le amenacé con dejarlo y llevarme a los niños si seguía tratándonos con tanto desprecio.

ANA. ¿Qué hizo él?

MARTA. Con toda la tranquilidad del mundo, sacó una cinta de vídeo de un armario y me pidió que me sentara a verla con él. Le dije que no estaba para películas, y él insistió en que era muy interesante y me iba a gustar mucho... (Saca un pañuelo y se seca las lágrimas.) Eran las imágenes grabadas de lo que había pasado en la habitación del hotel con ese hombre. Al verlas sentí una inmensa rabia e impotencia.

ANA. ¿Cómo estaba su marido?

MARTA. Aparentaba estar triste por lo que había pasado. Decía que era una lástima que hubiera podido caer tan bajo. Pero detrás de esa apariencia se le notaba feliz. Había ganado la partida...

ANA. Un golpe muy bajo.

MARTA. Demasiado bajo. Sabía que era rastrero, pero nunca imaginé que llegara a tanto.

ANA. Supongo que seguiría adelante con el chantaje.

MARTA. Él no estaba dispuesto a terminar pronto, quería atornillarme hasta el final, dejarme sin capacidad de reacción. Me dijo que esperaba que esas imágenes no salieran nunca de allí por el bien de ambos, porque no creía que ningún juez se mostrara comprensivo con una mujer que solicitara la custodia de sus hijos al tiempo que veía lo que hacía fuera del matrimonio. Había otra forma de tratar a las putas que ponían los cuernos a hombres honestos.

ANA. ¿Qué hizo usted?

MARTA. Me sentía atada de pies y manos. No podía hacer nada, había perdido la guerra. En ese momento reconozco que me hubiera gustado matarle.

ANA. ¿No pensó en pedir ayuda a alguna asociación de mujeres maltratadas, o acudir a la policía y montar un escándalo que hubiera tirado por tierra el chantaje de su marido y toda su trayectoria política?

MARTA. Me sentía tremendamente débil, destrozada. No hubiera sido capaz de llevarlo adelante porque estaba sola, sin ningún tipo de apoyo, ni esperanza por encontrarlo. Y no se trataba de hundir a mi marido a cualquier precio... Me preocupaban mis hijos. Ellos hubieran sido los más perjudicados si todo se hubiera desvelado. Yo quería que no sufrieran, que estuvieran al margen de todo. No se merecían cargar con las culpas de sus padres.

ANA. No es difícil suponer que su relación a partir de entonces sería una auténtica pesadilla.

MARTA. No podía ser de otra manera. Las humillaciones eran constantes y mi depresión se iba agravando. Creo que él pretendía que me volviera loca y que eso me llevara hasta el psiquiátrico o hasta el ce-

menterio. Cuando se entra en la lucha por el poder no hay lugar para los sentimientos, los que lo quieren a cualquier precio se vuelven implacables, y él estaba enfermo de poder.

ANA. ¿Intentó encontrar una forma de acabar con esa situación?

MARTA. No pensaba en otra cosa, pero me sentía incapaz de tomar decisiones, porque todas pasaban por la muerte de Daniel. No encontraba otra opción. Alguna vez pensé que sufría un accidente de coche, y muchas noches, cuando tardaba en llegar a casa, fantaseaba con que me llamaran desde un hospital para comunicarme la tragedia. Incluso llegué a estar pendiente de las noticias cada vez que tenía que viajar en avión por si ocurría algún accidente aéreo, pero mis fantasías nunca llegaron más lejos... Al menos hasta... (Se calla de repente.)

ANA. ¿Hasta cuándo?

MARTA. Hasta que comenzaron a llegar las amenazas. Sé que no debo decirlo, pero en alguna ocasión tuve la fantasía de que ese atentado se consumaba, y llegué a pensar cómo sería mi vida si eso ocurriera...

ANA. ¿Qué pensaba?

MARTA. Cuando una no es consciente del dolor inmediato, juega con la mente, se imagina lo positivo del terror porque no ve la sangre, la desolación. Solo veía la liberación de un hombre despreciable, de un hombre que se había vengado de más de diez años de convivencia haciéndome pasar por situaciones degradantes que ni un animal hubiera soportado. Un hombre que se aprovechaba de su éxito, mientras yo tenía que asumir su tiranía porque era una buena madre de familia y honesta esposa de un empresario y político modélico... Sí, más de una vez tuve el delirio de que se lo cargaban. En esos delirios yo no palpaba el cadáver, solo sentía el alivio de la liberación... Podía haber muerto de muchas muertes que me liberaran de él, incluso de enfermedad, y lo hubiera sentido como un alivio. Mis hijos apenas si le conocían. Se había convertido en un hombre de despacho y actos sociales y entre estos no estaba sus propios hijos. Solo aparecían cuando había fotos, cuando debía aparecer como con trabajador padre de familia muy cariñoso con sus hijos. (Llorando.) Pudo haber tenido muchas muertes, pero fue la más macabra la que se produjo, la que más

duele a la sociedad. Y cuando el pueblo sufre, los sentimientos individuales de las personas no importan.

ANA. Tal vez no le falte razón.

MARTA. Es lo que siento.

ANA. Creo que por hoy ya ha sido suficiente.

MARTA. Mejor, el esfuerzo de mirar atrás es agotador.

ANA. Nada agota más que la derrota.

MARTA. Puede que tenga razón, aunque lo más difícil es saber cuándo se ha producido esa derrota.

Marta se levanta y sale. Ana se queda escribiendo en un cuaderno.

ANA. Los pacientes cambian, ellos dejan la terapia cuando creen resuelto su problema, lo que muchas veces suele coincidir con el momento más importante del análisis para el psicólogo. Ese impulso de huida final es el más difícil de romper, en el que no basta con la experiencia adquirida por el terapeuta, suele ser más fuerte el instinto del paciente, y es este el que casi siempre impone las reglas de juego porque es el

que administra toda la información. Hay casos diferentes, en los que el paciente quiere seguir indefinidamente bajo la tutela de un psicólogo que conduzca todos sus pasos porque nunca se consideraran adultos. Pero esa es otra historia.

La luz se hace más tenue y la música suena cuando Ana se marcha.

QUINTA ESCENA

Aumenta la luz y entran las dos juntas. El aspecto de Marta ha cambiado. Va mucho más arreglada.

MARTA. Sabe, creo que me siento mejor. La última sesión me vino muy bien para ubicar en su sitio mis propios sentimientos.

ANA. Me alegro de que crea que la terapia tiene sentido.

MARTA. Puede que al principio me equivocara con usted.

ANA. Yo soy el espejo. Lo único que hago es procurar que el paciente cambie su forma de mirarse en él. A veces se consigue y otras no.

MARTA. Lo que me extraña es que una mujer tan preparada como usted no sea feliz.

ANA. ¿Qué le hace pensar que no lo soy?

MARTA. Ha fracasado en su matrimonio y tiene que mantener a un hijo con menos comodidades de las que debiera. No hay más que mirar su forma de

vestir, la austeridad de sus complementos...

ANA. (Cortándola.) El hecho de que esté separada no significa que me considere una fracasada, y creo que eso debería entenderlo muy bien. En cuanto a las comodidades y lujos, es un tema muy relativo, cada persona se marca el umbral de sus caprichos. Para mí hay muchas supuestas necesidades que son superfluas.

MARTA. Toda mujer quiere sentirse hermosa.

ANA. Cierto, aunque hay varias formas de hacerlo, y no todas precisan de trajes de firma, maquillajes caros y joyas. Algunas pensamos que la belleza radica en otras cuestiones.

MARTA. Supongo que es una forma de consolar-se.

ANA. Puede que lo sea, aunque sabe muy bien que no es el propósito de estas sesiones. Tenemos otras cuestiones mucho más importantes de las que ocuparnos.

MARTA. De eso mismo quería hablarle.

ANA. Diga.

MARTA. Hoy va a ser la última sesión. No nos volveremos a ver en adelante.

ANA. (Sorprendida.) ¿Y eso?

MARTA. He decidido poner punto y final a la terapia. Creo que ya ha hecho todo lo que podía hacer por mí, y en adelante quiero seguir el camino sola.

ANA. Le confieso que me extraña mucho esa decisión.

MARTA. Ya está tomada, y le aseguro que no se trata de un capricho. Lo he meditado mucho antes de decidirme.

ANA. Yo creo que aún quedan muchas cosas de las que tratar. Y entre ellas uno de los más importantes: la relación con sus hijos. Cómo conseguir que este trauma no los deje marcados.

MARTA. Mire, doctora, yo sé cómo tratar con mis hijos. No crea que no le agradezco todo lo que ha hecho en estas sesiones. Ha puesto todo su interés en que yo pudiera salir de la zanja en la que estaba hundida. Reconozco que a través de usted he conseguido elevar mi autoestima, y ahora me considero capacita-

da para mirar de frente y luchar para que mis hijos puedan llevar una vida digna.

ANA. Sigo sin entender la decisión. Hay partes de la historia que me ha contado que parecen muy oscuras.

MARTA. Desde el principio, dijo que usted no era una juez, que todo su empeño estaba en que yo pudiera salir adelante. Ahora deseo cerrar para siempre esta etapa en mi vida. Comenzar desde el principio con mis dos hijos, y para ello necesito dar carpetazo a todo lo anterior. No quiero que queden resquicios del pasado.

ANA. No siempre es tan fácil como cerrar un archivo. Me parece que en lo que está diciendo hay más necesidad de huir que de comenzar de nuevo.

MARTA. Llámelo como quiera.

ANA. Yo no puedo frenar sus decisiones, no es mi labor, pero sí le puedo decir que muchas veces a los pacientes les entra prisa. Quieren precipitarlo todo para terminar cuanto antes, para verse libres de una historia en la que ellos mismos se han embarcado y tienden

a ver a los psicólogos como sus enemigos, como aquellos que los retienen cuando están preparados para partir. Y en la mayoría de los casos, ese impulso puede provocar recaídas más graves.

MARTA. No olvide que mis circunstancias no son las mismas que tienen otros pacientes. No he venido a analizar mi vida, ni a encontrar sentido a todos mis actos, sino a enfrentarme a una tragedia puntual, a superar un trauma que me ha martirizado a mí y a mis hijos. Si a alguien le trasplantan el corazón no es necesario que se tenga que tratar también del hígado, las anginas y la vista. Cuando se recupera se le da el alta, y si tiene un nuevo problema se le volverá a tratar. Cada mal tiene su propio remedio. No existe una panacea para todo.

ANA. No pretendo discutirle sus razones. La experiencia también me dice que es muy difícil cambiar la decisión de alguien que ha optado por poner el fin a la terapia, pero al menos me gustaría dedicar esta sesión a hablar de ciertas cuestiones complejas que no se han tratado en las sesiones anteriores.

MARTA. Como usted quiera.

ANA. Quisiera saber lo que pasó en el periodo de tiempo que pasó entre el chantaje de su marido y el atentado terrorista.

MARTA. ¿Por qué quiere saberlo?

ANA. Cuando empiezo una terapia me gusta finalizar el proceso, o, cuando menos, conocer todas las fases por las que ha pasado el paciente. Hay muchas cosas que no ha contado, y a mí me cuesta creer que un golpe de un siniestro azar lo pueda arreglar todo.

MARTA. El azar existe, y a veces se le puede ayudar. Usted dice que quiere saberlo todo para comprender, para completar un proceso que ha iniciado. Yo le puedo decir que en algunas ocasiones no es bueno saberlo todo. La verdad no siempre es grata.

ANA. No me importa cómo sea. Lo que me ha contado hasta ahora tampoco es grato. No pretendo que me paguen más sesiones por seguir tratándola, pero necesito que lo cuente. Sea lo que sea.

Marta duda antes de seguir.

MARTA. Está bien, usted lo ha querido... Es cierto que el azar no lo resuelve todo, pero sí puede ofrecer-

nos buenas pistas. Como podrá suponer, el odio que sentía por mi marido era infinito, supongo que tanto como el que él me tenía.

ANA. Lo suponía.

MARTA. Le aseguro que si no hubiera sido por mis hijos, ahora me podría visitar en mi tumba. No hubiera sido capaz de aguantar tanto. Ellos eran lo único a lo que podía aferrarme para seguir viva, y los que me impulsaron a no quedarme parada, a tener un objetivo que cumplir.

ANA. ¿Qué hizo durante ese tiempo?

MARTA. Al principio me mostré sumisa, haciéndole ver que había ganado y que pensaba seguir el juego de ser una familia normal para que su progresión no se detuviera. Un día llegó a casa muy preocupado. Llevaba la fotocopia de una carta de amenaza que le habían mandado a un compañero suyo en la que le solicitaban el pago del impuesto terrorista. Pensaba que también podría llegarle a él el día menos pensado... Esa fotocopia se quedó en la mesa de su despacho y tuve la oportunidad de estudiarla con mucho detenimiento para que no se me escapara un solo de-

talle. El sentirte perdida agudiza mucho el ingenio.

ANA. ¿Está diciendo que copió la carta y le envió otra a él?

MARTA. Sí, le envié dos en el plazo de dos semanas. He de reconocer que la falsificación debió ser muy buena porque la policía las consideró auténticas y nadie salió al paso para desmentirlo.

ANA. ¿Qué pretendía con ello?

MARTA. Que sintiera miedo, que se sintiera acobardado por una amenaza más fuerte que el propio poder del que presumía.

ANA. ¿Cómo reaccionó él?

MARTA. Ante la prensa con bravuconería. Decía que eso no le amedrentaba y le impulsaba a seguir luchando por la libertad, pero en privado yo notaba que le había hecho mella.

ANA. ¿Cree usted que esas declaraciones fueron las que le convirtieron en objetivo de los terroristas?

MARTA. Es posible. Yo nunca he sabido cómo funcionan los terroristas ni cuáles son sus objetivos.

ANA. ¿Qué ocurrió después?

MARTA. Una vez que se entra en cierta dinámica y se obtienen pequeños resultados ya no se puede parar. Hay que llevar las consecuencias hasta el final, sobre todo cuando se trata de la propia supervivencia.

Ana se queda mirando fijamente a Marta antes de continuar.

ANA. ¿No estará diciendo que fue usted la que puso la cabeza de su propio marido en manos de los terroristas?

MARTA. Yo no he dicho eso, se trata de una suposición suya. Creo que ya hemos hablado suficiente. Podrá sacar sus propias conclusiones si lo desea, y no sería bueno para usted que llegue más lejos de lo que está.

ANA. ¿Por qué no sería bueno?

MARTA. Porque ya existe una verdad oficial que es incuestionable. Un hombre ejemplar ha muerto en defensa de la libertad. Los políticos le han concedido grandes honores porque era uno de ellos. Los periodistas han tenido una historia para vender que les ha

servido para ser más importantes que la propia verdad. Los policías tienen un nuevo aliciente para seguir luchando contra los terroristas, y estos han reivindicado el atentado porque les interesa seguir demostrando su fortaleza. Si todos se sienten satisfechos con lo ocurrido, ¿por qué habría que hacerles cambiar de opinión?

ANA. Pienso que usted puede tener mucha responsabilidad en esta muerte.

MARTA. ¿Quién sabe? ¿Ha leído los periódicos últimamente? ¿Sabe cuántas mujeres han muerto a manos de sus esposos en atentados salvajes?

ANA. Demasiadas.

MARTA. Es una lástima que sea un terrorismo de segunda división, del que no deja héroes, solo muerte.

ANA. Me parece que se está saliendo del tema.

MARTA. No lo crea, puede que sea muy parecido. Hasta se podría hablar de defensa propia.

ANA. ¿Organizó su muerte?

MARTA. Tal vez podría ser yo la culpable directa,

y le podría decir muchas maneras de cómo lo había organizado para quedar libre de culpas. Puede que un amigo ocupara el papel del terrorista, o también puede que fuera un amante, o un antiguo empleado de mi marido que deseaba vengarse y lo hizo por dinero, o un auténtico terrorista. Es posible que se tratara de un asesino a sueldo con el que contacté a través de Internet, o, por qué no, nadie ha hablado de una mujer. Podría ser una mujer con un bigote postizo, gafas de sol y un sombrero. Hay infinidad de posibilidades para elegir.

ANA. Le recuerdo que es un tema muy grave y no se trata de ningún juego de adivinanzas.

MARTA. Lo sé, y por eso no le conviene saber más. Es preferible que imagine para evitar la tentación de hablar sobre algo que desconoce. Le vuelvo a repetir que es lo mejor para usted.

ANA. ¿Cómo se permite decidir sobre lo que sería bueno para mí?

MARTA. Para empezar tiene que pensar en su ética profesional. Lo primero es el paciente, lograr que pueda superar aquello que le atormenta. Y en este

caso, lo ha logrado con creces. Y luego piense en el ridículo que podría hacer si se empeñara en acusar a una madre de familia, con dos hijos menores y víctima del terrorismo, de asesinar a su propio marido. Nadie estaría dispuesto a creerla. Es algo demasiado retorcido. Todos pensarían que busca propaganda.

ANA. Yo creo en la justicia.

MARTA. ¿Qué justicia? Yo pienso que la justicia se cumple cuando todos consiguen lo que se proponen, y eso no siempre tiene que coincidir con la estricta verdad. Mire, doctora, mi marido sí era un auténtico terrorista, como otros muchos que cada año cumplen su objetivo masacrando a sus mujeres, pero apenas si se les presta atención porque su campo de terror es muy limitado.

ANA. Puede que lleve razón, pero no podemos tomarnos la venganza por nuestra mano.

MARTA. Es cierto, pero también existe el derecho a salvar lo que se tiene, y cuando una madre tiene a dos hijos en peligro debe actuar. Mi marido ha muerto como un héroe, mucho mejor de lo que nunca había vivido, y lo mejor será que descanse en paz. Yo tengo

unos hijos que mantener a los que quiero con toda mi alma, aunque no me crea, pero no tiene nada más que ir a verlos y sacar sus propias conclusiones cuando los vea jugar.

ANA. Supongo que casi todo lo que me ha contado a lo largo de las distintas sesiones habrá sido mentira.

MARTA. Se equivoca. La inmensa mayoría de lo que he dicho es cierto, hasta lo que sucedió el día del atentado lo es. Cuando me levanté esa mañana de la cama quería evitarlo, pero no llegué a tiempo y le aseguro que no lo lamento, y no es por sadismo, es por necesidad. Usted ha significado mucho más de lo que cree para mí. Tenía que ponerla a prueba para saber si me podía fiar porque necesitaba liberarme de una inmensa carga que no podía llevar sola. Comprenda que he tenido que variar algunos detalles, pero nada de lo esencial. Sé que no le va a servir de mucho, pero la admiro. Es usted una gran mujer.

ANA. Reconozco que nunca me había enfrentado a una situación como ésta y no va a ser fácil asimilársela.

MARTA. (Levantándose y dispuesta a marchar-

se.) Adiós doctora, analice todo como quiera y saque sus propias conclusiones, pero no trate de remover la mierda porque a nadie le gustaría, ni siquiera a usted. Yo soy una víctima del terrorismo, a la que han golpeado con saña, y una pobre viuda madre de familia. La sociedad ya no permitiría que se me hiciera más daño solo para limpiar el honor de unos bastardos que no desean que se lo limpien. Aproveche su inteligencia para seguir ayudando a las víctimas y deje que la policía haga su trabajo. A ellos tampoco les gusta que otros se entrometan en sus asuntos.

Marta sale mientras Ana se queda mirando el cuaderno. Comienza a arrancar las hojas y las va echando en la papelera. Sale y se hace el oscuro final.